

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
PAGO ADELANTADO

España:
Cada 10 números quincenales 1 pta. al mes
Extranjero:
Cada 10 números quincenales 1,50 al mes

*"Este precepto os doy: Amáos
los unos a los otros como Yo os he
amado."*

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle de Cabrales, núm. 144, principal.

A donde se dirigirán TODOS los en-
cargos y correspondencia.

Acontecimiento sublime, el más satisfactorio y transcendental del presente siglo para la Religión y nuestra Patria ha sido el acto de nuestros católicos Reyes postrados reverentes a los pies del Soberano Pontífice Pío XI que, emocionado, les dió su paternal bendición extensiva al pueblo español.

Italia y España en medio de grandes entusiasmos han unido en estos días sus corazones en el amor a la Patria y a Cristo.

El discurso leído por nuestro querido Monarca ante Su Santidad ha resultado magnífico de fe dispuesta a toda prueba por la causa de Dios, y rebotante en amor a España y sus glorias. La contestación del Vicario de Cristo, fué como de Padre amantísimo y satisfecho del hijo que tan digno y obediente se le presentaba.

Lástima que uno y otro documento de gran significado histórico-religioso no podamos reproducirlos en nuestras columnas aunque ya serán conocidos de nuestros lectores.

¡Es tan poco el espacio de que disponemos y tantos los asuntos a tratar de quince en quince días, que siempre ¡siempre! tenemos que contener la expresión de nuestros sentimientos y quedarnos con el deseo de decir más y más por el servicio y honra de la Religión y de la Patria.

¡NUNCA!

No esperes de mí, lector, la brillante narración del avezado a las nobles lides de la pluma, ni tampoco creas encontrar una sorprendente originalidad en esta sencilla e íntima historia. Sólo verás en ella algo vulgar, pero que entraña una enseñanza elocuente y conmovedora; es ella una página arrancada de la vida real, que si en su principio pone espanto en el alma, es para después cambiarle por la alegría más intensa que se puede experimentar, la del triunfo, pero del triunfo más sublime que se puede apetecer, no el de la fuerza sobre la fuerza, sino el del bien sobre la maldad.

I.

Dejé mi pueblo natal y vine a Madrid a continuar mis estudios. Una de mis primeras amistades fué la del protagonista de este suceso. Hombre como de cincuenta años, de elegante figura, distinguidos modales y exquisito trato; en su cuerpo, ya casi de viejo, parecía

encerrar un alma de niño; era un hombre simpático y seductor.

Compartía con nosotros, jóvenes casi todos, la hora que el estudio nos dejaba libres, y él era el que principalmente mantenía la alegría en nuestra tertulia del café X; el relato de sus hazañas juveniles, que siempre eran nuevas y cada vez más interesantes por sus episodios emocionantes y por la fluidez y donaire de su conversación, nos tenía constantemente cautivos.

Mas llegó un día, en que este hombre se nos mostró en un aspecto tan inesperado como horroroso; por incidencia se vino a hablar de Religión, y aquel hombre tan fino y respetuoso se desconcertó; su amabilidad y suavidad habituales desaparecieron, y a gritos y en actitud destemplada, que atrajeron la atención de todos los concurrentes del café, se desató en horrores contra la Religión Católica blasfemando de la Providencia y renegando de la Iglesia y de sus Sacramentos.

Uno de los compañeros le interrumpió:

—Ahora habla usted así... si se viera en los apuros de una enfermedad mortal... A lo que aquél contestó con estas atrevidas y tremendas frases: «Lo he jurado; no puede ser. ¡Nunca! Estoy fuerte, sano. Nada temo, y si algún día la naturaleza quisiera acabar conmigo, moriría sólo, y por confesor tendría a mi conciencia.»

¡Nunca! lo oís, ¡nunca!, decía dando a su voz de trueno una firmeza de tono que oprimía el corazón, y repitiendo estas palabras fatídicas y como despidiendo llamaradas de odio de sus ojos, salió del café.

Nosotros quedamos atónitos sin saber qué hablar ni qué hacer. La escena había sido terriblemente impresionante...

Aquel hombre, que ya se nos había antojado un poco indefinido, se nos otreció entonces completamente misterioso. Aquella firmeza parecía la revelación de un compromiso satánico.

II.

Al día siguiente nos reunimos como de costumbre en el mismo café; pero en lugar de nuestro amigo llegó uno de los que formaban la tertulia, diciendo:

—Ahí va una bomba... D. Z... se está muriendo...

Todos prorrumpimos en una exclamación de sorpresa.

Tan lleno de salud y de energías, tan retador y altivo como se había despedido el día antes...

—Pero ¿qué dices?, le preguntamos a coro.

—Lo que habéis oído... Que D. Z. se muere, pero pronto y sin remedio.

Acordamos ir a visitarle inmediatamente, como lo hicimos.

Nunca hasta entonces habíamos pisado en su casa que estaba adornada con gran lujo, aunque en ella no se veía ni una señal de arte religioso, nada que fuera indicio de piedad.

Fatigoso, anhelante, los ojos hundidos y las mejillas demacradas en extremo, como si llevara años enfermo el que horas antes rebotaba salud, con una transformación inexplicable en lo físico, encontramos a nuestro amigo.

El, sin hablarnos, nos dirigió una mirada de ira y de terror, de sentimiento y de rabia. Ninguno de nosotros sabía qué decir. Por fin yo, que con él tenía mayor confianza, me arriesgué a decirle algunas palabras de consuelo... y él a nada respondía. Ya decidido a jugarle la última carta, le indiqué algo de los asuntos de su alma, de que se entrevistara con un Sacerdote, y él entonces, como atrayendo a sus ojos y a sus labios todas sus energías, redobladas entonces con la misma misteriosa fuerza que el día antes nos hablaba, me lanzó una mirada que aún me aterra cuando la recuerdo, y volvió a decirme con más rabia y tesón la palabra fatídica: ¡Nunca!

III.

Era el día de la Purísima, y yo, siguiendo las costumbres que me ha inspirado mi santa madre, fuí a comulgar, ostentando en mi pecho la medalla del Congregante de la Inmaculada. Jamás recuerdo haber pedido con más fe que entonces lo hice por aquel mi desdichado amigo.

Después de comulgar me fuí a verle temiendo que me arrojara de su estancia y esperando al mismo tiempo ¡qué se yo! que había de ocurrir algo extraño... Y así fué.

Al entrar en la alcoba me recibió con la misma sequedad de la última visita... yo callé algunos momentos y le observé..., aquel hombre se acababa por instantes. En mi mano tenía la medalla, la oprimí con fé... y me decidí.

Con toda la dulzura posible le reterí de donde venía y los actos que celebrábamos aquel día...

El me escuchó con cierta atención... aquello le interesaba... seguí hablando lo que no recuerdo ahora mismo... y aquel hombre duro y feroz, me miró fijamente y a sus ojos asomaron dos

lágrimas ¡las primeras tal vez y las últimas de su vida! Por fin me dijo con acento desgarrador... Me muero, Tío, como él me llamaba cariñosamente, me muero...

Amigo mío, le dije yo entonces, para eso somos; yo le quiero de verdad y no consiento que muera así.

Fué un momento de angustia indescriptible; una lucha horrible se traducía en su rostro, yo saqué mi medalla se la puse... y salí a buscar un Sacerdote.

Volví bien pronto; el Sacerdote fué recibido sin oposición; muy largo rato estuvo conversando con el enfermo.

Cuando salió aquél, entré yo, y sonriendo me mostraba la medalla, que él besaba con efusión...

La tenacidad horrenda que ponía en aquel ¡nunca!, soberbio, había sido vencida por la Medalla de la Inmaculada... por la insignia de hijo y soldado de la Gran Mujer.

Salí de allí, y al ver la calle no me pareció el Madrid corruptor, sino el Madrid católico; miré al cielo y noté en mi corazón un legítimo orgullo, un algo tan hondo, tan grandioso, que no se me olvidará mientras viva.

Te lo juro, lector.

Agustín García Patos.

Vergüenzas del antiguo régimen

¡VUELVA USTED MAÑANA!...

Más de una vez hemos recorrido las estancias de los ministerios para indagar el paradero de un expediente o acelerar su tramitación, y por lo que personalmente hemos observado podemos asegurar que no habían cambiado mucho las cosas desde los tiempos de «Figaro.»

La entrada en un ministerio tiene algo de imponente. Algunos son verdadero palacio. Un vestíbulo grandioso; columnas; mármoles; estatuas. Ujieres muy orondos y muy galoneados. Una puerta interior rotativa (el «molino») recibe al que acude entre sus aspas encristaladas y lo «lanza» al interior. Ese invento de las puertas rotatorias es práctico; acoplado una dínamo al eje de la puerta se podría obtener una energía de muchos kilovatios al entrar los oficinistas y el doble al salir. Brindamos la idea al Directorio por si quiere economizar esa fuerza de las puertas rotatorias que actualmente se despilfarra.

Una vez dentro del ministerio, hay que preguntar forzosamente a alguno de los bedeles o ujieres.

—Diga usted: vengo a ventilar tal asunto. ¿Dónde tengo que dirigirme?

El bedel contesta gravemente:

—Suba usted esa escalera grande; «tire» usted por el corredor de la izquierda «alante»; después «tire» usted a la derecha y verá una puerta grande con cristales; empuje usted y a unos doce pasos hay otra puertecita más pequeña que tiene, si no me equivoco, la letra B. Llame usted allí. ¿Comprende?

—Espere usted un momento que saque la estilográfica; voy a apuntar la dirección porque tengo muy mala memoria.

—Si es «mu» sencillo... Se lo diré otra vez. Aunque... no. ¿Ve usted aquel señor que está allá hablando al fin del corredor... aquel que «mesmamente» parece como que se despereza? Pues

vaya usted y dígame dónde va, pues él es de la oficina que busca usted.

—Mil gracias.

Efectivamente, aquel señor es un buen señor y se presenta a servir de cicerone en aquel dédalo de corredores y encrucijadas... Ya estamos en la oficina... Breve saludo y exposición de nuestro asunto... El oficinista nos invita a tomar asiento. Revuelve legajos y más legajos... Después de media hora, exclama:

—Pues, señor: esto no parece... Puede ser que ese asunto pertenezca a otra sección... Mire: vaya usted a la sección de N..., siga todo ese corredor, baje la escalera que hay al final y ya verá luego el rótulo... Pregunte allí por el señor Pérez...

Después de diez minutos de andar y desandar corredores, hétenos en la oficina.

—¿El Sr. Pérez?...

—No ha llegado todavía... pero espere usted; no ha de tardar... él viene siempre a las doce: es muy puntual... ¡!

Dan las doce, y las doce y cuarto, y el señor Pérez no llega... Y entonces nos decidimos a comunicar a uno de los oficinistas nuestras cuitas...

—Deje usted: yo voy a mirarlo; aquí está el registro.

Y después de hojear el librote largo rato, exclama:

—Pues yo no encuentro aquí referencia del asunto de usted... ¡Si estuviera el señor Pérez!; él entiende mejor este libro. ¿No podría usted venir mañana?

—Haciendo un sacrificio quizá sí, pero ¡fíjese usted! vivo en el otro extremo; venir aquí es para mí casi un viaje.

—Para mañana estará todo arreglado...

—¿Usted cree?

—Sí, señor... Vuelva usted mañana...

Al día siguiente estamos otra vez en el ministerio, ya hemos aprendido a andar por él; vamos en derechura a la oficina del señor Pérez...

—¿Ha llegado ya el señor Pérez?, preguntamos con cierta ansiedad...

—No, señor; y me extraña, pero tardará poco... siéntese usted.

Pasan los minutos y las horas... Un empleado compasivo nos pregunta y le damos razón de nuestra espera... Oye nuestro relato y exclama:

—Pues este asunto de usted no es de esta oficina... y aún creo que tampoco de este ministerio... ¿Se ha enterado usted bien de dónde estaba tramitándose el asunto?

—Me han asegurado que era en este ministerio... Eso sí, me dijeron que en otra oficina, pero de allí me enviaron a ésta... y me dijeron que preguntara por el señor Pérez...

—Pues no: el señor Pérez no le corresponde eso; debe usted ir a la sección de R...; suba usted esas escaleras y siguiendo luego el corredor de la derecha ¿sabe usted?... al final verá una puerta que tiene roto un cristal... pregunte por el señor González... Allí seguramente está ese expediente...

Y hétenos otra vez subiendo escaleras y andando corredores... hasta que damos con la puerta del cristal roto.

—¿El señor González?...

—Acaba de irse ahora mismo..., ¿qué deseaba usted?

—Enterarme del estado en que se halla este asunto... Hace seis meses que está aquí en el ministerio... Si fuese usted tan amable...

—Bueno, déjeme esa nota... ya se la

entregaré mañana al señor González... —¿Y no podía usted ver ahora en qué estado se halla este asunto? Porque me urge bastante.

—No puede ser, eso es cosa del señor González... ¡Vuelva usted mañana! Ya se lo dirá él a usted...

—¿Mañana? Mañana me es imposible... Precisamente tengo que salir de viaje...

—Bien: vuelva usted dentro de una semana... o de un mes, por ejemplo... Cuando usted pueda...

.....

Nos despedimos...

Y al salir continuaba resonando en nuestros oídos el «vuelva usted mañana» desesperante y sarcástico.

Leocadio Lorenzo, C. M. F.

N. de la R.—Como contraposición a estas vergüenzas véase lo que en carta particular del 4 del pasado Noviembre nos dice desde Madrid un querido amigo nuestro:

«...Recuerdo que fui a la Dirección de Aduanas y la primera vez no estaba en la oficina el empleado; volví y por toda respuesta me dijo que eran tantos los expedientes que tardarían en despacharlos. Ahora cambió esto de modo tan radical, que, como suele decirse, «no lo conoce ni su propia madre», pues va usted a un Ministerio y en la oficina de reclamaciones presenta usted una, toman nota, le dan un impreso, detalla lo que desea saber y le dan un recibo, diciéndole: vuelva al día siguiente a saber la contestación o diga, si se ausenta, a dónde hemos de remitírsela.

Esto, como usted ve, es Jauja; así que todo el mundo está asombrado, pues desapareció aquella asquerosa política y no se puede usted figurar lo mucho que este Directorio trabaja y al que ahora temen más que al demonio.

Hermoso remate de un acto oficial

Terminados la lectura de la Memoria reglamentaria y reparto de premios en la solemne apertura de este curso en el Instituto general de Málaga se levantó a hablar el general gobernador, don Enrique Cano Ortega, que presidía en nombre de S. M. el Rey (q. D. g.).

Después de realzar la labor de cultura de que habían dado muestras profesores y alumnos y de estimular a todos a intensificarla, como medio de engrandecimiento de la Patria, terminó su breve y substancial improvisación con estas palabras que para edificación queremos dejar registradas en estas columnas:

«Pero la cultura por muy poderoso medio de engrandecimiento que sea y los esfuerzos todos de los hombres son nada sin el auxilio de Dios... ¡Hay que buscar a Dios! ¡Hay que orar! Y yo os invito a todos, profesores y alumnos, a que recéis conmigo ¡con la boca y con valor como rezan los hombres!»

El numeroso y distinguido auditorio, electrizado por la palabra enardecida y sincera del general misionero, se puso de pie, y con voz levantada repitió palabra por palabra la sentida oración que aquél dirigió a Dios pidiendo por España...

Los vítores delirantes a la Patria, al Rey, al Ejército y al general cristiano, acompañados de lágrimas y aplausos, fueron el «Amén.»

Manuel González.

Obispo de Málaga.

¡EDIFICANTE!

Del diario ovetense «Región», copiamos:

«Una persona que vive en Oviedo, y tiene familia en Madrid, ha recibido una carta de uno de sus parientes de la corte. Nos la ha dado a leer y hasta nos ha autorizado para usar de ella si así lo creemos oportuno.

La epístola es, en efecto, muy interesante. Da idea de lo que es la vida actual, mejor, mucho mejor, que la lectura de todos los periódicos que en Madrid se publican.

Habla de cómo el nuevo régimen va metiendo en cintura a los traficantes que tiempo atrás, sin pizca de conciencia, se enriquecían a costa del bolsillo y del estómago ajenos, practicando las más refinadas artes del señor Monipodio, maleando los artículos de primera necesidad y haciendo elásticos los pesos y las medidas.

Cuenta un caso que es verdaderamente representativo. Ocurrió pocos días ha en la calle de Tribulete, que corresponde a uno de los barrios más populares de Madrid.

Una muchachita, enviada por su madre, entró en una carnicería, y pidió un cuarto de kilo de carne. El carnicero cortó, pesó, envolvió y entregó lo que se le pedía. La muchacha, a su vez, entregó el dinero correspondiente y se dispuso a marchar.

En la puerta del establecimiento hallábase parado un caballero que entabló conversación con la joven compradora.

—¿Qué has comprado, niña?

—Cuarto de kilo de carne.

—Vamos a ver si efectivamente te han dado lo que pediste.

Y acompañado de la niña, se adelantó al mostrador.

—Vuelva usted a pesar—dijo al carnicero—la carne que acaba de vender a esta muchacha.

En uno de los platillos del peso se encontraban aún las pesas de la venta: doscientos cincuenta gramos. El carnicero puso en el otro platillo la carne que la compradora le devolvía. La balanza se inclinó del lado en que estaba el paquete.

—¡Muy bien!—indicó el caballero misterioso—; pero ahora, ponga usted las pesas en el platillo donde está la carne, y viceversa.

Tremulo, hízolo así el carnicero. Ya no se inclinaba el peso del lado de la mercancía.

—Vaya usted echando pesetas—agregó el fiscal anónimo—hasta que se incline la balanza.

Y el carnicero, sin rechistar, obedeció fielmente.

Una, dos, tres, cuatro, cinco... Cuando cayó en el platillo la peseta número 17 se produjo el desnivel.

El caballero, que seguía guardando el incógnito, tomó en sus manos el envoltorio de la carne y las diez y siete pesetas, y entregándolo a la chiquilla exclamó:

—Ya te puedes ir. Esa es la carne. Estas pesetas las entregarás a tu madre para que vaya a comprar a una carnicería donde no la roben.

Desapareció al mismo tiempo que la muchacha, jubilosa, se iba por otro lado.

El carnicero quedóse mudo. No quiso indagar quién era el caballero misterioso que tan rápidamente, tan eje-

cutivamente, acababa de administrar justicia. Tal vez pensó que bajo el traje de paisano se ocultaba un jefe del Ejército; y, acaso, mentalmente, le dió las gracias por haberse limitado a «decomisarle» las diez y siete pesetas, sin obligarle a emprender un viaje a la cárcel. Para los traficantes sin conciencia ha comenzado la época del terror.»

María y España

En un peñón de Asturias bravo y gigante, como blasón de España marcial y erguido, porque fuera contigo más arrogante, tú, ¡Paloma de cielo!, pusiste el nido.

Donde Asturias venciera con santo encono, un trono de peñascos te puso España; siendo para su Virgen, ¿qué menos trono que un peñón gigantesco de una montaña?

Tú eres siempre española; lo sabe un río que en Aragón su limpio raudal dilata, y rezando venera tu poderio, y te ciñe un soberbio laurel de plata.

Que aún resuena en sus claras ondas corrientes aquel cantar hermoso que acaso fuera la plegaria amorosa de los valientes al caer junto al asta de su bandera.

Cantar, que es una perla de tu corona; esa copla es aliento de raza sana y Aragón se enardece cuando la entona, porque en ella te nombra su «capitana».

Tú eres siempre española; tu altar de flores, ¡oh Virgen de los Reyes!, cual oro brilla, ¡Que has hecho prisionera de tus amores al alma noble y tierna de tu Sevilla!

Y Granada ferviente te reverencia, porque, al ver tus «angustias», contigo gime; Monserrat te enaltece; quiere Valencia que la otorgues tu «amparo» que la redime.

Y en todo el patrio suelo tu nombre suena como flor que se mece y exhala aroma ¡Oh Virgen castellana de la Almudena! ¡Risueña Virgencita de la Paloma!

Siempre fuiste española y España ha sido el tallo tesoro de tu capullo; ¿qué extraño es su grandeza si fué tu nido, ni su beldad celeste, si fué tu arrullo?

¡Te adora España! ¡Madre!, siempre tu frente coronó con laureles de sus victorias; y ¡espera! que si en montes de tierra ardiente le aguarda la ventura con nuevas glorias.

Al ganar la africana cumbre altanera te hará, para ensalzarte, tu fiel España, un manto de oro y grana con su bandera y un altar sobre el pico de la montaña.

José Antonio Balbontín.

¡Sí, sí; purifíquese el ambiente!

En una de las más importantes fábricas de esta villa, así por su producción como por su personal obrero, hemos tenido el gusto de ver fijado en todos los talleres el siguiente

«AVISO IMPORTANTE

Velando por los más elementales principios de la moral y de la educación, la Gerencia, pone en conocimiento de todo el personal de esta fábrica que, a partir de la publicación de este aviso, no se tolerará en manera alguna que en el interior de la misma se profieran blasfemias o se pronuncien palabras incorrectas.

No puede consentirse que en un país civilizado y en una época en que a todas horas y en todas partes se habla de cultura, se den los bochornosos espectáculos que a diario presenciarnos: Atenta esta Gerencia a procurar, en lo que está de su parte, la reforma de las costumbres, evitará por todos los me-

dios que, dentro de sus propiedades y por individuos a ella subordinados, se produzcan estos hechos.

Sirva de advertencia, pues, el anuncio de que a los contraventores de esta disposición se les impondrán los castigos siguientes, que se aplicarán con todo rigor, sin que admita disculpa alguna:

A todo aquel que pronuncie una blasfemia o palabra mal sonante, se le suspenderá de empleo y sueldo durante una semana.

Al que por segunda vez incurriera en esta falta, se le suspenderá por un mes.

Y al que cometa una tercera falta de esta clase se le expulsará definitivamente de la fábrica.

Muy particularmente llamamos la atención de los encargados y maestros de talleres para que cumplan y hagan cumplir estas disposiciones.»

Desgraciadamente, en España se blasfema mucho, y los niños tanto o más que las personas mayores; y eso que en España se han dado en todo tiempo disposiciones abundantes contra la blasfemia, pero como los correctivos no se aplicaban o se aplicaban mal y, por otra parte, el mal ejemplo se estaba viendo arriba, en los superiores, y en muchas autoridades, los tales bandos venían a resultar una burla sangrienta contra el más horrible de los vicios.

Ahora, a Dios gracias, tenemos un gobierno que no es de trampa, que cumple y exige que cumplan como buenos todos los ciudadanos; vea, pues, cada cual el mejor modo de secundar, dentro de sus facultades, este feliz estado de cosas, y el remedio no se hará esperar. Es preciso que España pierda su fama de ser la nación más blasfema de Europa, es preciso que todos hagamos honor a nuestro glorioso abuelo, por dignidad, por vergüenza nacional y, sobre todo, porque la blasfemia es el más terrible pecado contra el Soberano Autor de nuestra existencia, contra el que un día ha de ser nuestro Juez severísimo, sin apelación.

Criterio del buen gobernante**DICE MUSSOLINI**

«Italia debe su vitalidad al catolicismo, que con sus preceptos de renunciación, de penitencia, de sacrificio, de ascetismo, impulsa a los hombres a combatir sus pasiones. Gracias al catolicismo hemos conservado los italianos el vigor espiritual. La nueva Italia será campeón del catolicismo, que es la más sublime de las religiones... Mi actitud con relación al catolicismo es ésta: respeto al catolicismo, colaboración con el catolicismo. La jerarquía eclesiástica debe ser honrada por el Estado. Siempre que he podido he ordenado a las autoridades civiles y militares que asistan a las grandes ceremonias del culto. Los recursos del Clero deben ser aumentados por el Estado. Espontáneamente, y por un simple decreto, he retornado con treinta y ocho millones esta partida del presupuesto. La enseñanza de la Religión debe ser estimulada por el Estado. El prestigio de la Cruz debe ser reconocido y sancionado por el Estado. He restablecido el Crucifijo en los tribunales y en las escuelas, y me propongo restablecerlo en el Parlamento.

Pero ¿qué es la fe sin las costumbres? Por eso procedo con toda la severidad contra los que traten de pervertir a mi pueblo, pues pervirtiéndolo, lo debilitan y lo disuelven.

Es principio universalmente admitido que el Poder público puede expropiar un campo para trazar una carretera o una alcantarilla. ¿Y no he de poder yo confiscar libros, folletos, carteles, pinturas e imágenes que atentan al patrimonio ideal, es decir, a lo más bello y noble que tiene mi patria?

¿Qué se pensaría de un padre que dejara penetrar a un individuo en su casa para abusar de sus hijos, y no lo matara? Yo, dictador de la Nueva Italia, debo obrar con igual energía respecto a aquellos que quieren pervertir a los cuarenta millones de italianos que me están confiados.

Jesucristo arrojó a los mercaderes del templo a latigazos. Este alto ejemplo de energía no ha perdido la más pequeña parte de su valor. Hay aún muchos traficantes en el templo. Hay aún muchos hombres que venden a sus hermanos y los tiranizan y explotan.»

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

- Sr. C. P. de Casomera.—Pagó fin Octubre 1924.
- Sr. C. P. de Llamas.—Id. id. id.
- Sr. D. T. F. A.—Collanzo.—Id. 1924.
- Sr. D. A. R. A.—El Pino.—Id. id.
- Sra. D.ª E. R.—Madrid.—Id. fin 1923.
- Sra. D.ª L. G.—Onón.—Id. fin Agosto de 1924.
- Sr. D. L. P.—B. del Valle.—Id. fin Agosto 1924.
- Sr. D. B. O. A.—Blimea.—Id. fin Enero de 1923.

Don J. M. Camino, de P. de Siero, repite hoy sus donativos de 5 pesetas. ¡Gracias!

Los niños de la escuela de don José Rodríguez, en Cimadevilla, han vuelto a visitarnos acompañados de otras 5 pesetas en calderilla. ¡Oh, qué buenos son!

Sr. D. A. M. M., de Tuy.—La suscripción más pequeña a RELIGION Y PATRIA es de 1 peseta al mes, que da derecho a recibir 10 números cada quince días.

No podemos, por ahora, aunque lo agradecemos, admitir original para publicar; estamos abundantemente provis-

tos de él y el periódico es pequeño y sale pocas veces.

Sr. Cura Párroco de Naranco.—Los números que recibe están pagados por un señor, residente en Oviedo, suscriptor también a nuestro periódico.

Al Sr. Cura Párroco de El Pino decimos que, recibida su carta del 7 del pasado, queda solucionada nuestra duda que exponíamos en esta sección del número anterior. Agradecemos mucho sus buenos deseos para nosotros y sus trabajos de propaganda con nuevos suscriptores, a los que ya hemos empezado a servir. Hoy van los acuses de recibo.

†

ROGAD A DIOS EN CARIDAD POR EL ALMA DEL SEÑOR

Don Vicente López Merás

que falleció en su casa de Soto de la Barca (Tineo)
el día 12 de Noviembre de 1923, a las diez de la noche
habiendo recibido los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica

D. E. P.

Su desconsolada esposa doña Margarita de Eguiburu y Banciella; sobrina y ahijada doña Sara López y López; hermanos don Diego y doña Josefa; hermanos políticos don Manuel García, doña Celestina López Menéndez, don Marcelino, doña Trinidad, don José, don Jesús de Eguiburu y Banciella; primos, sobrinos y demás parientes,

Dan las gracias a cuantas personas se dignaron asistir al entierro de dicho señor y a los funerales que en sufragio de su alma se celebraron en la parroquial de Santa María de la Barca, el 15 de Noviembre y suplican a los lectores de RELIGION Y PATRIA, una oración por el alma del finado.

Viuda e Hijos de Gregorio Alonso Grandes almacenes de ferretería, loza y cristal.—Especialidad en herrajes para obras y herramientas para minas, ferrocarriles y carreteras.

Solicítense precios San Bernardo, 59 y 61 :: Teléfono 200 :: GIJÓN C

Doctor EMILIO VILLA ESPECIALISTA — Electricidad médica. — Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN —

Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6. :: San Bernardo, 143 :: Teléfono: 797 :: GIJÓN

Banco de Castilla

SOCIEDAD ANÓNIMA FUNDADA EN 1857 :: Infantas, 31 :: MADRID

AGENCIA DE GIJON: CALLE DE LOS MOROS

Cuentas corrientes :: Giros :: Cobros :: Comisiones :: Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros :: Cartas de crédito :: Descuentos :: Préstamos :: Cuentas corrientes con garantía de valores :: Depósitos, etc. :: :: :: :: :: :: ::

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde una peseta en adelante, al 3 por 100 de interés anual.

AOEBAL, RATO Y COMP.ª

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor : GIJÓN

Cocinas cerradas, desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok, o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

La Fama Asturiana

Se recomienda por sí solo el chocolate de esta marca.

Vídese en todas las tiendas de comestibles.

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA, DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf. 453 :: Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curtidos y de latería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general.

Prensas y mayadoras para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

DE

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJÓN

C. Teléfono, 312.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

GRANDES ALMACENES de Vidriería y Fábrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio.

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 135 :: Teléfono 230

- GIJÓN -

INDUSTRIAS ZARRACINA

Sociedad Anónima

GRANDES FÁBRICAS

Sidra champagne (la marca más antigua)

Harinas superiores :: Chocolates exquisitos :: :: Pan superior de todas clases :: ::

Carretera de Villaviciosa :: GIJÓN C.

Doctor Calisto de Rato y Roces

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES

:: :: DEL SISTEMA NERVIOSO :: ::

Cuarenta y seis años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

CORRIDA, 63. GIJÓN.

Tip. «La Reconquista :: Gijón.